

Diciembre: Conclusión

Misia se despertó con el traqueteo de las olas contra el costado de la barca familiar y comprobó que los aparejos de pesca estaban a buen recaudo. Volvió a sentirse presa de la preocupación que le había mantenido despierta la noche anterior. La dinamita de los pescadores comerciales no ha dejado nada de valor en el arrecife. ¿Qué vamos a pescar para vender? ¿Enviarán los espíritus del mar otro tsunami si no podemos aplacarlos? Estos pensamientos le dieron vueltas y vueltas en la cabeza. En los últimos años, se habían producido muchos cambios en su pueblo. Aunque habían confiado y sacado provecho en la abundancia del mar por generaciones, el tsunami lo había cambiado todo, y desde ese momento Misia se preocupaba día y noche por el futuro de su familia.



Nuestra alabanza y oración

Al considerar la belleza y la diversidad de la creación en toda la tierra, no podemos menos que exclamar como David: «Oh SEÑOR, soberano nuestro, ¡qué imponente es tu nombre en toda la tierra!» (Salmo 8:1). La creación natural en derredor nuestro da una idea del poder y la complejidad de su Creador. Más elocuente aún es la naturaleza única de cada persona y grupo étnico del mundo: ya sea que vivan en chozas de campos de refugiados, o en los áticos de la ciudad, todos los seres humanos reflejan aspectos de la imagen de Dios. No obstante, pese a toda su belleza y variedad, reconocemos que en todas las esferas de la vida creada hay áreas de transgresión y oscuridad en los que Dios sigue actuando para redimirlos. Por lo tanto, aunque celebramos y disfrutamos la diversidad cultural y la creación a lo ancho de todo el mundo, también anhelamos el tiempo en que toda lengua, tribu y nación adorará delante de su trono y toda la creación será restaurada.

Creados y redimidos por Dios

El pueblo moken del sudeste de Asia es uno de los grupos étnicos que exhiben la singularidad de la creación de Dios y su necesidad de redención. Los moken, también conocidos como los «Gitanos del mar», han vivido muchos siglos en

las islas diseminadas por el mar de Andaman. Sus casas —incluidos sus utensilios, comida, animales domésticos, y aparejos de pesca— se reducen a ligeras embarcaciones de madera con cubiertas de caña por más de seis meses al año. Familias muy unidas y extendidas flotan en grupos de seis o más plataformas desde las que bucean para recoger marisco, tortugas, holoturias, pescado y perlas, para comerciar. Los moken están asombrosamente adaptados a la vida del mar, tienen una visión submarina excepcional y gran capacidad para permanecer dentro del agua bastante rato sin respirar. Lo más asombroso, quizás, es que cuando el tsunami golpeó la zona en el año 2004, ni una sola vida moken se perdió. Gracias a su íntimo conocimiento del mar, ellos reconocieron la condición anormal del océano y se retiraron a terrenos altos o a alta mar, con lo cual preservaron sus vidas.

No obstante, como todos los pueblos, los moken sólo experimentan una sombra de la vida abundante para la que fueron creados y sufren amenazas en muchos frentes. A raíz del tsunami los gobiernos locales ignoraron sus problemas, ya que ni Myanmar ni Tailandia reconocen a los moken como ciudadanos. Para los que pudieron reanudar su vida en el mar, al aumento de la pesca comercial ha supuesto que su actividad

Venga tu reino

pesquera de pequeña escala se haya reducido considerablemente, ya que les ha dejado escasas fuentes de ingresos. Además, el régimen de Myanmar se ha involucrado cada vez más en la vida de este pueblo que un día fuera independiente, forzando a algunos de ellos a establecerse virtualmente en parques «zoológicos» de algunas islas para que los turistas les visiten. Tal vez el mayor ladrón de esperanza contra el que este pueblo debe combatir son sus creencias animistas. Los moken, desde tiempos remotos, han dado culto a los antepasados y temido a los espíritus de las aguas, a los que han intentado aplacar con banderas, rituales y efigies.

Pero Dios, que cambia la muerte en vida, ha actuado inclusive en vísperas del tsunami para atraer a los moken a sí mismo. Dado que su relación con el mar ha quedado gravemente interrumpida, los moken están abiertos al evangelio como nunca antes, y algunos han decidido poner su esperanza en un Dios inmutable. Cierta número de moken se han hecho cristianos mediante el compasivo testimonio de las iglesias cristianas nativas que les proveyeron ayuda alimenticia y ayudaron a reconstruir sus botes. La atención que los cristianos prestaron a los moken, después del tsunami, despertó una urgencia para traducir la Biblia a su lengua. Como testifican las Escrituras, la intención de Dios es redimir y restaurar a todos los pueblos en todas las esferas de la vida —incluido el moken y su cultura singular.

El reino está cerca

A medida que experimentamos y somos testigos del quebrantamiento en nuestra vida, y en toda la tierra, anhelamos el día del retorno de Cristo para inaugurar su reino eterno de verdad y de justicia. Pero aunque deseemos justamente la consumación del reino de Dios, somos un pueblo de esperanza y propósito en este mundo presente. Como hemos visto en los relatos de Francis Collins, César Vidal Manzanares, Ben Carson, Makoto Fujimura, Tshering y muchos otros, hemos sido llamados a participar en la obra de Dios viviendo como ciudadanos del reino en cada esfera de nuestra vida diaria. Aun cuando no acertemos a ver el propósito ni el progreso en este momento, Dean Sherman nos exhorta:

¿Cómo edificaremos el reino? Jesús dijo que el reino es como un poco de levadura que se pone en la masa. Desaparece, pero pronto

produce un efecto obvio y sorprendente en la misma. Él dijo que el reino es como una semilla que debía ser esparcida. Al principio desaparece, pero el grano contiene vida, y ésta finalmente se manifiesta en una cosecha plena y copiosa. Dijo que el campo en que esparcimos es el mundo, no sólo la iglesia. En tanto realizamos la obra a la que hemos sido llamados, amando a Dios y a los hombres, procurando honrarle en todo lo que hacemos, actuamos como levadura. Tal vez sintamos que nuestra labor es insignificante o que está muerta, pero Dios puede usarla como una semilla que crece hasta convertirse en un gran árbol del reino.¹

Si en este mes celebramos la Encarnación del Hijo de Dios, seamos un pueblo encarnado, que siga fielmente el ejemplo de Cristo en el mundo presente.

En estas fechas navideñas celebramos la primera venida de Cristo y anticipamos la segunda. ¡El reino de Dios está cerca! Ha venido, está viniendo y vendrá en toda su plenitud. Anticipamos un futuro en una ciudad que «no necesita ni sol ni luna que la alumbren, porque la gloria de Dios la ilumina, y el Cordero es su lumbrera. Las naciones caminarán a la luz de la ciudad, y los reyes de la tierra le entregarán sus espléndidas riquezas. Sus puertas estarán abiertas todo el día, pues allí no habrá noche. Y llevarán a ella todas las riquezas y el honor de las naciones» (Ap. 21:23-26). Los pescadores moken, los científicos estadounidenses, los abogados peruanos, las madres dominicanas, los periodistas españoles —todos unidos adoramos al Dios de nuestra salvación.

En espera anhelante de ese día, ¿cómo le invita Dios a vivir el día que hoy le ha concedido? ¿A qué le invita en el próximo año?

ORE:

- Que Dios conceda completa salvación a los moken y atraiga a todos los pueblos a sí
- Que Dios muestre a todos los creyentes la especial manera con que les ha dotado y su deseo de usarles en sus esferas de influencia
- Que Dios le muestre lo que significa ser parte de la comunidad encarnada que es la iglesia de Cristo